



Célula

HAYA - VIVE VENCERÁ

Año 1, Nº 13 - Agosto 2008

Lima - Perú



César Atala

Me dicen que el sábado pasado César Atala se recostó para dormir una siesta y que no despertó más. Se deslizó inadvertidamente del sueño de la tarde a la muerte apacible; y así en la hora final que culminó su vida longeva, Atala convirtió la intensidad en paz.

Escribe: Gustavo Gorritti tomado de la Revista Caretas Edición 2036 del 17/07/2008

Conocí a Atala en la década del 90, en Washington, unas semanas luego del golpe de Fujimori y Montesinos. No éramos muchos entonces los que buscábamos organizar la resistencia contra la dictadura, y varios conocidos, aquí y allá, hacían a veces cómicos esfuerzos por no ser vistos no asociados con nuestro pequeño grupo. En Washington, sin embargo, contábamos con la hospitalidad de Luís Jiménez y muy pronto, con la del César Atala.

Por alguna razón llamé siempre a Atala por su título de «embajador». Claro que lo había sido, pero era mucho más que eso y también la persona más sencilla y cordial. Me imagino que entre un provinciano uno siempre trata a su mayor con una forma precisa de respeto y que entre los varios títulos que se me pasaron por la cabeza, el de «dóctor» fue desechado por madido y topicazo; el de «espiritista» por inconveniente; y que el de «embajador» a quien no lo era de carrera expresaba el respeto y el afecto que inspiraba a Atala.

César Atala había nacido 1917 y había vivido intensa y a veces pintorescamente casi todo la historia peruana y buena parte de la latinoamericana en el siglo XX en varias conversaciones traté que me contara los detalles de la conspiración de espiritistas contra Benavides, que terminó con el alzamiento del ministro de gobierno de éste, el general Antonio Rodríguez el 19 de febrero de 1939. Todo indica que el general Rodríguez se levantó convencido César Atala de estar obedeciendo órdenes de los espíritus, quienes lo guiaron hasta ocupar palacio de gobierno, pero no le previnieron del encuentro con el mayor Luís Rizo Patrón, de la guardia de asalto quien lo mató y abortó instantáneamente la hasta entonces triunfante insurrección de los fantasmas.

(Hay dos novelas que desde diferentes perspectivas el papel del espiritismo en el levantamiento: «Las rayas del Tigre», de Guillermo Torndike, y el «APRA y la Sombra» Eduardo Sierralta editada en México, 1957).

Atala no guardaba buenos recuerdos de Sierralta, un escritor chileno comunista, cuya novela es hostil al APRA. Sin embargo, Sierralta era amigo de Manuel Cenzano, quien fue el articulador entre el espiritismo y el poder. En su novela Sierralta describió así al joven Atala:

«Distinguían a César su gran sentido comercial y su actividad para el trabajo (...) Manuel me informó que Cesar era médium. En los primeros tiempos del Centro Esotérico en Lima, habían actuado juntos. Encarnaba



en Atala el espíritu del abate Cansino. Escribía mensajes espiritualistas y ayudaba a Vladimiro (Cenzano) en las sesiones... (...) Cenzano me manifestó que su compadre era un aprista convencido. Hombro con hombro habían luchado por el partido y, a la sazón, César se contaba entre los grandes amigos del jefe máximo. En verdad, al turco Atala se le consideraba hombre de confianza en el comando aprista».

No es fácil imaginar ahora el auge que tuvo el espiritismo en Lima durante la década de los 30 y 40 del siglo pasado. Buena parte de la elite limeña formaba parte de círculos espiritistas y creía en los mensajes que llegaban a través del trance de los médium. El mariscal Benavides era un creyente y a Haya de la Torre le apasionaba lo esotérico. Eso no fue óbice para no guiar, a través de la voz de los médium, la conversión del general Rodríguez, de feroz perseguidor de apristas en aliado conspirativo. Si de operaciones de inteligencia se trata, aquella fue una de las más audaces e imaginativas, que estuvo a punto de coronarse con el éxito.

Aquel capítulo temprano en la vida de Atala fue seguido por varias décadas en las cuales el 'turco' huancavelicano fue, entre varias otras cosas, un exitoso empresario, funcionario internacional y embajador del Perú en Estados Unidos. Aún muy activo en la década del 90, Atala colaboró con la oposición democrática al fujimorato a través de sus excelentes contactos, su inteligencia y su hospitalidad.

Seguí conversando con él con cierta frecuencia luego de la caída de la dictadura. Entonces empecé a desarrollar lo que iba a ser su última gran campaña: una iniciativa latinoamericana -basada en buena

medida en el espíritu *kennediano* de la Alianza para el Progreso- de desarrollo económico, político y social. Con una energía que envidiaría la mayoría de veinteañeros, el invicto octogenario llegó a Lima e hizo organizar un evento para presentar su estrategia.

Aparte de este periodista, hubo dos tipos de asistentes ese día: de un lado, algunos políticos y tecnócratas cuarentones medios *yuppies*, y del otro, un grupo nutrido que evidenciaba la vocación del APRA por la

longevidad. Digamos que el más joven ahí comparativamente casi un menor de edad, era Abel Salinas. Los otros, de haber sumado sus edades, hubieran podido conversar con el faraón Ramsés, pero ¡qué viejo tan notables! Desde David Tejada hasta el gran Fufú, el empresario y mago, que a los ochenta largos años seguía siendo un gran prestidigitador. Y lo extraordinario era ver mientras que las ambiciosas ideas de Atala eran recibidas con cautela y timidez por los cuarentones, los viejos no tenían el menor complejo en pensar en grande; en razonar, manteniendo el sentido común, en términos épicos sobre un continente épico. Habían vivido mucho, habían visto mucho, pero no tenían miedo de las grandes empresas ni de los grandes proyectos nacionales.

Le pedí a Atala que escribiera un artículo que resumiera su programa. Lo hizo, aunque muy breve, y lo publicó la revista *Ideele* (lo pueden leer en: <http://www.idl.org.pe/idlrev/revistas/156/156cesargatala.htm>). ¿Qué frase lo expresa mejor? «La democracia genuina es adversaria de la desigualdad»

Haber caminado casi un siglo por esta tierra y seguir teniendo visión de futuro, seguir sintiendo el reclamo de justicia con la misma fuerza que en la juventud y seguir pensando lúcidamente en cómo hacerla posible: eso define una vida noble. Quizá por eso, el vivir intenso terminó en el buen morir. Apagarse en el sueño, como setenta años antes se apagaban las velas cuando los espíritus ausentes hablaban a la vida y sugerían caminos, enmiendas, audacias.